

EDUARDO JORDÁ*

Lo que dijo Jenny Offill

Las grandes historias pueden ser muy pequeñas, y como las chinches, pueden caber en una diminuta bolsa de plástico cerrada herméticamente. O al revés: las pequeñas historias pueden ser muy grandes y ocupar todo el universo conocido (y también desconocido). Porque las grandes historias suceden en un lugar misterioso y que nunca ha sido cartografiado. Y ese misterioso lugar donde suceden las grandes historias es, cómo no, el alma humana.

Departamento de especulaciones es una novela escrita a modo de diario disperso. Uno diría que las notas que la componen han sido redactadas en facturas de supermercado, en tickets de aparcamiento, en papel de carta con el membrete de un motel. Pero por debajo de esta aparente dispersión late una estructura tan perfecta como la de un puente de hierro que atraviesa un río caudaloso y que siempre tiende a desbordarse. Jenny Offill usa todos los recursos posibles de la narrativa: citas verdaderas y citas apócrifas de autores conocidos –lo que dijo Kant, lo que dijo Scott Fitzgerald, lo que dijo Rilke–, remedios de auto-ayuda, breves relatos urbanos que describen la vida de una familia media de Brooklyn, fragmentos de mails, anécdotas personales, recuerdos de juventud, cualquier cosa. Y todo va encajando en su sitio, en esa precisa estructura de ingeniería de un puente de hierro. La novela no trata de la desolada vida doméstica de una mujer que trabaja y da clases de escritura creativa y tiene una hija y quiere escribir una segunda novela en medio de la eterna fricción de la vida doméstica y de una plaga de chinches. Y tampoco se puede decir que sea una historia conyugal ni una historia sobre la difícil vida de una madre moderna con una hija muy complicada. No, en absoluto. Es una novela sobre la vida y sobre el amor, así, sin más.



FOTOGRAFIAR EL ALMA

Jenny Offill cita en su novela a un neurólogo francés del siglo XIX, Hyppolite Baraduc, que un buen día se propuso fotografiar el alma humana en el momento en que abandonaba el cuerpo, justo en el mismo instante de la muerte. Y Baraduc también se propuso fotografiar las emociones humanas que surgían del cuerpo como si fueran



extrañas emulsiones. Pues bien, Jenny Offill es una narradora superlativa –y muy astuta–, y cuando habla de Baraduc, en realidad nos está diciendo que ella misma también se ha propuesto retratar el alma –o mejor dicho, toda la gama de las emociones humanas–, justo en el momento en que esas emociones abandonan la mente y van dejando unas borrosas instantáneas. Y las pequeñas anotaciones que conforman esta novela son las instantáneas que dan cuenta de esos fenómenos en el fondo inexplicables.

A mitad de esta novela se produce un extraño desplazamiento del punto de vista: el yo de la narradora se convierte en “la esposa”, y el yo que cuenta la historia pasa a hablar en tercera persona. Es una forma muy elegante y sutil de contar el intríngulis de la novela, que no se revela en ningún momento, aunque todas sus consecuencias y sus dolorosos efectos sean descritos con absoluta minuciosidad. La esposa llama cobarde al marido, él la llama puta y el lector rechina los dientes porque lo que lee le resulta casi insoportable. Pero *Departamento de especulaciones* también está traspasada por una especie de gracia que no es sólo la gracia humorística de una inteligencia afilada, sino una especie de gracia metafísica –la gracia que ansiaba Simone Weil– que se funda en el amor y en el perdón. Y entonces el lector que rechinaba los dientes se siente habitado por una especie de ingravidez que le hace ser mucho mejor de lo que era, igual que le pasa a la esposa de esta novela que alcanza una extraña transfiguración a través del dolor.

* **Eduardo Jordá**, traductor, ha vertido al español *Departamento de especulaciones* (Libros del Asteroide)